



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13308

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

LUNES 26 DE MARZO DE 1916

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar tñ, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

En la Parreta de Alumbres

Aprovechando la cortés invitación que el presidente de la compañía abastecedora de aguas «Los Cartagenos» nos hizo el día anterior, para asistir al acto de la inspección municipal y técnica de las obras que dicha compañía ha ejecutado á fin de traer á la ciudad las del paraje cuyo nombre va á la cabeza de estas líneas, concurrimos anteayer á la calle del Aire, punto de la cita, donde esperaban los vehículos para hacer el viaje.

Reunieron en el indicado sitio el alcalde D. Rafael Cañete; el teniente de alcalde D. Francisco Jorquera; el arquitecto D. Julio Egea; el director de los servicios sanitarios D. Leopoldo Cabardo; el auxiliar de los mismos don Gonzalo Kubic; D. Antonio Gomez, D. Serafin Cervantes, D. Antonio Romeros, el síndico del ayuntamiento don Ignacio Aznar; el director de «El Porvenir» D. Francisco Martinez; el de «El Correo de la Tarde» D. Baldome ro Madrid; el redactor de «El Medite rraño» D. José Moncada; el de «La Tierra» D. Estanislao Vivanco, (*Chantilly*), otros varios señores que no recordamos, y en representación de EL ECO nuestro querido amigo y compañero D. Angel Barba.

Previo la inevitable espera que nuestras costumbres imponen á la cortesia, partió la expedición á las tres y media de la tarde, y á los pocos momentos se daban los vehículos por el camino de La Union, haciéndonos saber por experiencia propia, a fuerza de vaivenes, saltos y golpes en seco, el mal estado de esa carretera.

Por dicha nuestra el camino era breve: unos cinco kilómetros; pero más breve se nos hizo el tiempo, porque se apoderó de nuestra mente el recuerdo de una expedición semejante, realizada hace un tercio de siglo al mismo paraje y con objeto parecido.

Era en 1873. La población de Car-



HORA SANTA

El martes 27 del corriente, de nueve á diez de la mañana, se celebrarán seis misas en la consagrada Iglesia del Hospital de Caridad en sufragio del alma de

Don José M.^a Bolt y Faquineto,

que falleció en Albacete el día 20 del corriente.

EN EL MISMO TIEMPO ESTARÁ EXPUESTA SU DIVINA MAJESTAD.

Sus amigos D. Juan Jorquera, D. Juan Antonio Gómez, D. Pedro Miller, D. Manuel Belda, D. José Cánovas y D. José Antonio López, invitan á los numerosos amigos del finado á tan solemne acto.

tagena estaba necesitadísima de aguas, mucho más que ahora, porque entonces no tenía ninguna, y para dotarla de elemento tan valioso concedió el municipio á D. Pedro Solano permiso para canalizar y traer á la ciudad aguas de la Parreta.

Asociado el concesionario con el banquero D. Manuel Górgolas, se formó con rapidez la compañía que había de realizar los trabajos, inaugurándose éstos por el alcalde D. Pedro Asuar y concurriendo representaciones importantes y la banda del regimiento de Galicia que estaba de guarnición en esta plaza.

Pero no había llegado aún la hora del despertar de Cartagena y el suceso aquel no tuvo las consecuencias lógicas que eran de esperar. Sólo ahora, al cabo de treinta y tres años, cuando las compañías aguadoras se han multiplicado y todas ellas luchan con la escasez de agua, que les impide extender el negocio, se ha acordado una de ellas de aumentar su caudal con las de la Parreta de Alumbres, con aquellas aguas que fué imposible traer á la ciudad en 1873 por falta de capitales ó

por miedo de comprometerlos en negocios que no se conocían.

Pensando en estas cosas y sufriendo el molesto zarandeo que el bacheado camino imprimía al coche y éste á nosotros, llegamos á la nueva instalación de «Los Cartagenos».

Encontrábase allí el presidente de dicha sociedad D. Carlos Calín; el director de la fábrica de explosivos de Alumbres D. Camilo Calamari; el ex senador del reino D. Luis Angosto y otros señores cuyos nombres no ha conservado la memoria, y después de los saludos de rigor se dió comienzo á la visita.

No son vivas las aguas. Se extraen de dos pozos nombrados «San Camilo» y «San Antonio» con aparatos de vapor, siendo la potencia del establecido en el primero de diez caballos y de cuarenta la del establecido en el segundo.

El agua es extraída desde la profundidad de cincuenta metros en cubas que miden un metro cúbico, á razón de una por minuto, siendo vertida en recipientes que no difieren nada de los establecidos en las instalaciones mine-

ras. En las inmediaciones de los pozos hay sendos filtros, divididos en compartimentos, á los que llega el agua por medio de canales.

La filtración se hace de un modo alternativo. Llegada el agua al primer compartimento atraviesa el filtro de arriba abajo, pasa al segundo por la parte inferior, donde al ganar nivel se ve forzada á atravesar el filtro de abajo arriba y cuando el segundo compartimento está lleno se vierte el tercero, volviendo á filtrar de arriba abajo y así sucesivamente hasta llegar al canal de salida que la lleva por medio de un sifón hasta el depósito, donde vuelve á filtrarse de nuevo al entrar.

El depósito tiene un volumen de seiscientos metros cúbicos y vierte en un recipiente próximo del cual parten dos tubos, uno de desagüe y otro de conducción. Este último es el que ha de traer el agua á la ciudad.

Hemos dicho que cada máquina saca una cuba por minuto y que la cuba de aquella es de un metro cúbico; y como las máquinas son dos y dos las cubas ó los metros cúbicos que se pueden extraer á la par, la cantidad total

de líquido que se puede enviar á Cartagena en las veinticuatro horas es de 2.880 metros cúbicos, cantidad respetable en que ha aumentado su caudal la compañía «Los Cartagenos».

En la instalación se ha tenido en cuenta todo cuanto á las de esta índole concierne respecto á limpieza y vigilancia, como lo prueba la multiplicación de filtros, todos cubiertos, así como las conducciones y el depósito.

Terminada la visita, los señores de la compañía obsequiaron á los expedicionarios con una espléndida merienda, y al caer la tarde, volvimos á requerir los coches y emprendimos el viaje de regreso á la ciudad.

TIJERETAZOS

Dice el *Heraldo*: «Ya se anuncia otra tentativa de crisis para cuando regrese el Rey de sus viajes, y estamos tan persuadidos de que al país no le interesan esas promesas de variar de ministros, pero no de política, que ni siquiera le concedemos el honor de la discusión á la noticia.»

Pues hay que concedérselo, porque, según *El Liberal*, se reforzará el Gabinete con elementos de la extrema izquierda, y si modificado así no cambia, no sabemos cuándo va á cambiar.

Por cierto que la afirmación del periódico republicano nos sume en un mar de confusiones.

¿Qué elementos son esos?
¿De qué extrema izquierda se trata?

Porque en el Parlamento sólo hay una y esa es republicana.

Ni aun aquellos republicanos de quienes se viene diciendo que se encuentran con un pie en el estribo son de la extrema izquierda.

Conque venga de ahí y que nos enteremos.

El ayuntamiento de Chichón ha resuelto de plano la cuestión del impuesto de consumos.

Apretado el municipio por un millón de mujeres lo ha sustituido por un impuesto vecinal.

Quise cubrirme de gloria y trabajar en silencio por la querida que esperaba tener.

Todas las mujeres se reunían para mí en una, y creía encontrarla en la primera que se me presentase; pero considerando como una reina á cada una de ellas, y por consiguiente obligado á hacer las primeras indicaciones á sus amantes, supuse que vendría á mí, pobre, tímido y desgraciado.

Para la que me hubiese tenido lástima, tenía yo inmensa gratitud, amor inextinguible, y la hubiese adoptado toda mi vida.

Después, mis observaciones me han enseñado crueles verdades.

He ahí por qué me arriesgué á vivir enteramente solo.

Por lo sé que inclinación de su espíritu, las mujeres están acostumbradas á no ver en los hombres de talento más que los defectos, así como en los tontos miran sus buenas cualidades, de lo cual resulta que simpatizan con los segundos, porque son una perpetua sintonía de sus propios defectos, mientras que el hombre superior no ofrece bastantes ventajas para compensar sus imperfecciones.

Me instituí gran hombre. En mi infancia me había dado una palmada en la frente, diciéndome como Andrés de Chenier:

—¡Aquí hay algo!
Creía sentir en mí un pensamiento que expresar, un sistema que establecer, una ciencia que explicar.

Hoy que tengo apenas veinte y seis años, que estoy seguro de morir desconocido y sin haber sido el amante de ninguna mujer, deja que te cuente todas mis locuras.

Con poca diferencia hemos tomado todos nuestros deseos por realidades. No quiero para amigo al hombre que en sus sueños no se haya tejido coronas, se haya levantado un pedestal, ó destinado hechiceras queridas.

Muchas veces me he creído general, emperador, Byron y después... ¡Nada! He imaginado estar en la cumbre de las cosas humanas, y luego me apercibía de que no había dominado todos los obstáculos, ni llegado á la cumbre de todas las montañas.

El inmenso amor propio que hervía en mí, la creencia sublime de un gran destino, creencia hija del genio cuando el hombre se deja empujar por su alma por el contacto de los negocios, como la oveja que abandona sus vellones en las espaldas de la muleta por donde pasa, todo esto me salvó.

mujeres, prera de esa exaltación de que se muestran tan ávidas, poseyendo esa energía con que se envanecen los tontos, no he conocido más que mujeres traidoramente cueles.

Con mi sencillez admiraba á esos héroes de salón que celebran sus triunfos, y les creía de buena fe.

Me pareció posible el amor por una palabra, y encontrar un corazón grande y fuerte en una mujer frívola ávida de lujo, embriagada por la vanidad.

¡Oh! haber nacido para amar y para hacer dichosa á una mujer, y no encontrar una valerosa y noble Marcelina, siquiera una vieja marquesa; tener en el alma teorías, y no encontrar ni siquiera una joven que por curiosidad quiera admirarlos... Muchas veces he querido matarme, arrebatado por la desesperación.

Eso es anfibolamente trágico, —dijo Emilio.

—¡Oh! —exclamó Rafael.—Déjame caudonar mi vida, y llorar mi divorcio con ella. Si tu admisión no te da fuerza para escuchar mis elogios, si no puedes concederme media hora de fastidio, duerme; pero no me pidas cuentas de mi suicidio, que ruje, que se levanta, que me llama y yo lo saludo. Para juzgar á un hombre, es menester penetrar el secreto de su pensamiento, de sus desgracias, de sus emociones. No conocer del hombre más